

gido de ese milagro sino la de haber emergido de él para no volver a sumergirse en él, en el ciclo esencial de ascensos y descensos, de flujos y reflujos, de ingresos y egresos, de idas y venidas, de exilios y repatriaciones que, con su vaivén incesante, constituye el infinito jadeo de la vida en el que se alternan la plenitud y el empobrecimiento, el convencionalismo y la poesía.

Hondamente advierte Liberman hasta qué punto la música wagneriana responde al despliegue acabado de esta dialéctica incumplida en su propia vida; hasta qué punto la intuición de lo vislumbrado, rozado y luego perdido alimenta genialmente la configuración del orbe artístico de Richard Wagner. Es así como *El holandés errante* y *Tristán e Isolda* plasman, cada uno a su manera, los elementos constitutivos de un dilema existencial en el que Liberman se contempla y nos contempla con la intensidad y el apremio de un hombre que se atreve a preguntar, es decir a rescatar la realidad del falso estado de apaciguamiento en que la sumergen las respuestas. Porque preguntar es mucho más que no saber y desear saber. Preguntar es volver a soportar la realidad en estado de indisciplina; es volver a reconocer el mundo como sujeto insubordinado antes que como dócil objeto de dominio.

Liberman interroga la música de Wagner, vale decir la soporta, la sustenta y se sostiene en ese envolvente discorrir donde el silencio tiene siempre la última palabra. El silencio: no lo acallado sino lo indecible. El silencio: no lo tácito sino lo inefable. Silencio, pues, que no remite al vacío de significación sino a la plenitud vivencial que rebasa nuestro entendimiento en el mismo momento en que inscribe nuestra existencia en una dimensión privilegiada de vitalidad y revelación. ¿De qué otro modo sino con la palabra *amor* es posible nombrar esta cima de la identidad personal en la que, recordando a Buber, decir *Yo* verdaderamente equivale a decir *Yo y Tú*?

«Como se ve —escribe Arnoldo Liberman— lo trágico no es vivir en el escepticismo que legisla la muerte ni en el delirio eufórico que niega la realidad, sino en la aceptación no resignada de nuestra suerte». «¡En la aceptación no resignada de nuestra suerte!» Todo Camus retumba en estas palabras. Toda la enseñanza bíblica. Toda la enseñanza griega que precede a esa filosofía que se quiere redentora definitiva del conflicto y la contradicción.

Libro amasado a través de muchos y sucesivos libros, *Wagner, el visitante del crepúsculo* no es el mejor ensayo de Liberman porque en él encontremos una hondura hasta ahora insospechada o una aptitud expresiva que desco-

nociamos. Es el mejor ensayo de Liberman porque, despojándose de todo énfasis superfluo, se radicaliza en su poder de elocución de modo tal que el grado de excelencia que alcanza en la formulación orgánica de sus planteos permite reconocerlo ya no como un hombre preñado de ideas fragmentariamente enunciadas con talento inconfundible, sino como un eximio paridor de planteos diáfanos, bien encadenados, pentagráficos diría yo, para recurrir a su afición dilecta, la música.

Arnoldo Liberman ha compuesto una gran obra. Me hago cargo con decisión y emoción de este enunciado. Sé que es una gran obra no sólo por la coherencia y la gracia objetivas que la sustentan, sino porque, frecuentando sus páginas, pude alcanzar, incontables veces, la cumbre envolvente de la conmoción espiritual que sólo un escritor total es capaz de despertar, y que tiene como rasgo distintivo el redescubrimiento de nuestra propia identidad como un mundo de dilemas y posibilidades insospechados.

Por ello cabe decir que, al dar la bienvenida a este libro, estamos celebrando el nacimiento de la obra de un compositor maduro; de un ensayista argentino que infunde al género una vitalidad imprescindible. Por cierto que, al ser esto así, reconocemos que estamos ante un autor discutible, controvertible, que despertará pronunciadas disidencias, que estimulará no sólo la discrepancia sino incluso la impugnación y que acaso avive la necesidad de confrontación hasta los límites del rechazo. ¡Gracias Orfeo, dios de la música y la poesía, por brindarle a la ensayística de nuestro país un autor discutible!

«El que camina una sola legua sin amor, camina amortajado hacia su propio funeral». Tales las palabras de Walt Whitman en la versión única de León Felipe. Liberman sabe que no es posible caminar con amor legua tras legua, indeclinablemente. Pero sabe, también, que no es posible, para el corazón transido de goce por el hechizo de aprender a vivir, dejar de intentar caminar con amor legua tras legua, indeclinablemente. Si la caída es irremediable, tan irremediable como ella es la nueva búsqueda de altura. Sí, sifo redivivo que encuentra, en su voluntad de ser, el mejor antídoto contra la imposibilidad de perpetuarse en el ser.

Eximio conocedor del contraste y el contrapunto, pensador sensual de la penumbra, es decir de las regiones donde convergen las antítesis, Liberman sabe acompañar a Wagner con sutileza conmovedora cuando a éste le toca ser el enamorado de la mujer de otro hombre —Otto Wesendonck; pero sabe, también, con igual finura y penetración,

invertir la imagen, dar vuelta la moneda, para mostrarnos a Wagner como marido de Cósima, la mujer por la que se desvive Nietzsche, su joven amigo y admirador.

Libro de perpetuos retornos, de parábolas que se inician y culminan para volver a reiniciarse, obra de un solo y multívoco aliento que logra exaltar a la música desde la imposibilidad de traducirla, que enuncia su amor al pensamiento desde su pasión por la poesía y que no vacila en declararse romántica desde su resuelta decisión de comunicarse con sólido poder de persuasión analítica, *Wagner, el visitante del crepúsculo* busca con decisión conmovedora las zonas de tormenta, los intersticios por donde la falsa claridad acusa su inconsistencia, y lo hace para zambullirse, con urgencia indisimulada, en lo problemático, en lo álgido, en lo pendiente, en lo revulsivo.

¿Nietzsche antisemita? ¿Wagner antisemita? ¿Prolegómenos, ambos, del fervor brutal del nacional-socialismo? El judío que entrañablemente es Arnoldo Liberman se niega a abandonar, inerme, en el altar de los hechos supuestamente incontrastables, la relación de estos dos creadores con lo judío y con los judíos. Lúcido, recorre esta áspera cuestión para mostrarnos qué lejos están ambos —Wagner y Nietzsche— de poder ser catalogados con acierto como antisemitas. Se niega, en suma, Arnoldo Liberman, judío cabal, a desconocer en Wagner y Nietzsche la honda vulnerabilidad de ambos a la riqueza de esa cosmovisión que a tantos de nosotros nos alimenta y enorgullece, nos abisma y nos apacigua, nos deslumbra y nos desconcierta en la misma medida en que nos orienta y nos interroga. Se niega y logra trazar ante nuestros ojos un repertorio de postulados de espléndida consistencia conceptual a favor de su causa.

Arribo, en fin, a este punto de mis notas con la exaltación propia de quien emerge de una lectura que guarda, en la tersura de su silencioso cumplimiento, la intensidad agotadora de su esplendor. Sí, al ir cerrando el nuevo libro de Arnoldo Liberman, reconozco jubilosamente que he estado con un magnífico escritor, es decir con un hombre que con sus palabras ha sabido despejarme el camino para que, más allá del hábito que adormila o la indiferencia que aplaca, renazca a mi propia complejidad, a mi derecho a ser otro que aquel que presumo ser y pueda, así, sentirme vivo una vez más, enamorado, una vez más, del prodigioso instante.

Santiago Kovadloff

La teleología de la cultura y Rubén Darío

Christian Wolff (1659-1754) acuñó el término teleología para designar la parte de la filosofía natural que explica los fines de las cosas. Con otros nombres este concepto ya existía en Platón, Aristóteles y los filósofos escolásticos. Para Juan Larrea la Cultura —con mayúscula—, máxima expresión de la historia, tiene un fin, un sentido último y trascendente. Este fin último da significado a los símbolos y hechos en los cuales el hermeneuta ve la dirección de la historia y sus cambios. Esta superestructura que supera una explicación causística de los hechos —al menos de los más determinantes— es espiritual y, para el caso de Occidente, relacionada con la tradición judeocristiana. Desde esta perspectiva de la historia se entiende la existencia del profeta: individuo instrumentado a través del que se expresa el sentido de la historia y el espíritu del futuro.

Juan Larrea dedicó la mitad de su vida a indagar en la simbología judeocristiana y a interpretar determinadas obras (de Vallejo, Picasso, Huidobro, Blake, Darío, etcétera) desde un punto de vista apocalíptico. En 1959 Larrea dio un curso en la Universidad de Santiago de Chile sobre Rubén Darío y la nueva cultura americana, publicado ahora por primera vez y por la editorial Pre-textos*. El libro sorprende por su audacia y por el desvelamiento de ciertos símbolos, también por la falta de diálogo interno. Larrea no pone

* Juan Larrea: Rubén Darío y la Nueva Cultura Americana, *Pre-Textos*, Valencia, 1988.

nunca en duda la viabilidad de su método (o más bien de su *actitud*) hermenéutico, y en su interpretación jamás hace referencia a otras visiones opuestas a la suya.

El mundo de referencia de Larrea no son los mil y un caminos que el hombre recorre en la historia, sino los grandes sistemas simbólicos que denotan o rigen —según Larrea— el destino del hombre. Su comprensión de Rubén Darío atiende más al transmisor de un mensaje cifrado —ocultista— que corresponde, en el orden de los símbolos, a una corriente hermética judeocristiana, que al poeta que dio fe de su tiempo (transgrediéndolo, refutándolo, pero también encarnando sus ilusiones y esperanzas). El interés de Larrea se centra en aquello que supera en mucho la individualidad y atiende a las grandes manifestaciones espirituales de los pueblos, expresadas éstas a través del *medium* ocasional, Darío en este caso. Por otro lado, es cierto que todo verdadero poema supera, en cuanto a significación, el mundo de referencia del poeta. Un poema es lenguaje quintaesenciado, o bien lenguaje dentro del lenguaje, como escribió Valéry, y como tal supera toda noticia o referencia que pueda darse de él. El poema no se traduce sino parcialmente en la explicación o análisis del mismo. El principio de afirmación del poema es la recreación. Nacido de una persona concreta y en un tiempo concreto e histórico, el poema es superación de la individualidad y de la historia; pero siendo tiempo necesita del individuo y del tiempo —alguien que aquí y ahora encarna por un momento, en su lectura, el poema— para ser. A través del poeta habla lo inesperado, el mundo sugerente e imprevisto, polisémico e inagotable; pero también habla la subjetividad, el mundo relativo y pasajero, el cuerpo que respira. La lectura de la poesía de Darío desde un punto de vista profético es esclarecedora, y gracias a ella entendemos ciertas conexiones del poeta nicaragüense con el cristianismo, con el profeta Juan de Patmos y con Dante; pero en ocasiones este intento es forzado e irrelevante y se convierte en una abstracción de su mundo poético: desaparecen los cuerpos y sus gestos, el placer de sus rimas y de sus imágenes, la belleza de sus alejandrinos, la fauna y la flora, el amor y sus metáforas, es decir, aquello que vivimos como seres concretos ajenos al orden macroestructurador de la cultura y del sentido de la Historia.

Es cierto que Rubén Darío estuvo preocupado por la unidad hispanoamericana y por el destino del continente, y también, que preveía ciertos cambios profundos en los que proyectaba su esperanza de una nueva cultura. No fue el único que sintió y pensó así, y no le faltaron causas histó-

ricas para crearlo y desearlo. También puede ser cierto que estas preocupaciones y las imágenes en las que se concretaron en la obra de Darío integren el inconsciente colectivo, pero pensar que el núcleo de su obra pertenece a una conciencia apocalíptica y que no comprender esto es no entender de su obra «ni mucho ni poco ni nada», como afirma Larrea, nos parece algo exagerado, como lo es decir que el catolicismo «constituye el fundamento de la personalidad colectiva hispanoamericana que tiende al más allá o paraíso post-mortem de la subjetividad anterior, tan anunciado de múltiples modos desde el descubrimiento», definición característica de un ideólogo, de alguien que hace abstracción del poliedro de la realidad para someterlo a la coherencia de una idea.

Rubén Darío no es poeta gracias a sus atisbos de profeta ni tampoco a sus ideas políticas y religiosas; lo es gracias a su lenguaje, a las revelaciones de su mundo poético. Los versos en los que hay referencias «teleológicas» no son, precisamente, los que le hacen poeta. Por éstos, Rubén podría ser proclamado profeta o visionario —por cierto, que ver un orden futuro no fundamenta, como cree Larrea, a un poeta, éste lo es gracias a sus experiencias de lenguaje, porque estas mismas visiones son fácilmente traducibles al lenguaje filosófico o al tratado sin perder validez, y cuando alcanza el valor irreductible de la visión poética su importancia radica en la imaginación—, y sin perder interés, que lo tiene, esta dimensión profética sería inferior a la que alcanza como poeta. En un esclarecedor ensayo sobre el poeta nicaragüense, *El caracol y la sirena* (1964), Octavio Paz manifiesta que «la poesía de inspiración política e histórica de Darío ha envejecido tanto como la versallesca y decadente». En estos poemas de carácter histórico Paz ve una carencia: «Le falta la mirada de Whitman, la mirada fundida a lo que ve, la realidad sufrida y gozada». Darío vio la realidad hispanoamericana de lejos, y no le importó cambiar de opiniones sin justificarlas.

Desplazar el centro de gravitación de la poesía a la profecía, como hace Larrea —y no sólo con Darío— es descarnar al poeta y confundir la verdadera imaginación, que es poética, con una cualidad intuitiva sujeta a la conceptualización y al orden de las ideas. Darío no nos revela el alma americana en sus símbolos, sino —y parcialmente— en una obra poética que, al ampliar y dar sentidos nuevos a las palabras, abrió nuevos cauces y nos mostró una dimensión mayor del ser, del ser corpóreo e histórico que habla y escribe en español. No sé si la cultura hispanoamericana será la nueva cultura, en definitiva el nuevo mensaje reden-